

CAPITULO XXII.

EL COLEGIO DESPUES DE LA EXCLAUSTRACION, NOTICIAS INTERESANTES SOBRE LA SANTA IMAGEN DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, QUE SE VE EN EL ALTAR MAYOR DEL MISMO COLEGIO.

UADA mas triste que contemplar la desolacion del apostólico Colegio de Guadalupe.

Luego que la venerable comunidad fué sacada con suma crueldad, del sagrado recinto de aquel muy venerable claustro, entró una turba á tomar y destruir los mas apreciables objetos que allí habia.

La famosa biblioteca que se componia de algunos millares de volúmenes, que contenia preciosidades históricas, y científicas, fué destruida absolutamente. A montones y en carros llevaban los libros para Zacatecas, tirando algunos por el camino. El Sr. Cura de Tlaltenango Lic. D. Ra-

fael Herrera, pidió algunos volúmenes al gobierno, quizá con el fin de salvarlos, y los condujo á su curato.

No comprendemos como cuando se decia que se trataba de progreso y de ilustracion, se destruian dos fuentes principales de ilustracion y de progreso, cuales eran los monasterios y los libros. A los primeros se les ha querido llamar antiguayas y retroceso; pero es falso, absolutamente falso, que les convengan tales nombres. Véase la historia, pregúntese á la Europa, á la América, á todo el universo: un mentís solemne será la respuesta.

Pasado el frenesí con que se efectuó la exclaustracion de Guadalupe y la desolacion lamentable de esta santa casa, todo quedó en un silencio sepulcral. Ya no se practicaban en el templo, al compás del órgano melodioso, los oficios sagrados: no resonaban en el desierto coro las alabanzas divinas: no se oian en el claustro los pasos mesurados de los religiosos, ni el ruido imponente que al andar producian sus hábitos y sus rosarios: no se escuchaba el murmullo misterioso de los que estudiaban en las clases; ni en el fondo de las celdas se escuchaba siquiera uno de los ardientes suspiros que se exhalaban y subian hasta el cielo. ... Todo estaba hundido en un silencio melancólico, todo era soledad, tristeza y desolacion.

Poco despues de haber exclaustrado á aquella inolvidable comunidad, dió el gobierno de Zacatecas órden terminante para que dentro de muy corto y perentorio tiempo, fuera arrasado el edificio, sin dejar piedra sobre piedra, como se hacia en los tiempos de oscurantismo y de barbarie.

Para llevar á efecto esa destruccion, que tanto desdice al carácter mejicano, y para que el pueblo no se opusiera, se halagó á este prometiéndole las puertas, las ventanas, la madera de todo el edificio.

Las barras, los azadones, las talhachas y las hachas se iban á cebar en la fatal obra de destruccion y aniquilamiento; pero esta no se efectuó... Una mano invisible, poderosa é irresistible, frustró todo; y el edificio venerable quedó en pie.

Poco tiempo despues, la profanacion entró á donde la destruccion no habia podido entrar. Así lo permitió el Señor por sus juicios inescrutables.

Se quiso convertir el Colegio en escuela de artes, se dieron para ello las disposiciones conducentes y se efectuó el plan, pero duró poco tiempo el establecimiento artístico.

Despues apareció entre las santas paredes de Guadalupe, una escuela protestante; ese cúmulo de contradicciones y heregías que ya causan nauseas á Europa y al mundo todo. Allí en donde po-

co antes se estudiaban las Santas Escrituras conforme á las explicaciones de los intérpretes sagrados, á las de la santa Iglesia inspirada y asistida por el Espíritu Santo; se iba á estudiar la Biblia trunca y alterada, entendida y explicada por el voluble juicio privado de los hombres: allí en donde antes se alababa y veneraba á la Santísima Madre de Jesucristo, se iban á enseñar las impías doctrinas que enseñan á despreciarla y á negar sus dones, su santidad, su grandeza y la veneracion que como Madre verdadera de un Dios verdadero, se le debe de rigurosa justicia.

La escuela protestante desapareció como por encanto y le sustituyó una fábrica de cerillos que acabó con un ligero incendio.

¡Entraron al santo claustro de Guadalupe, los soldados! ¡El Colegio se transformó en cuartel! Ya se deja ver cuántas y cuán grandes serian las profanaciones.

¿Qué mexicano patriota, católico y nada alusinado, no lamentaría ese cuadro tan sombrío? ¿Cómo fueron á caer en la hermosa México, manchas tan negras! ¡Y que sea indispensable consignar á la historia estos hechos! ¡Qué no podamos sepultarlos bajo una lápida de granito, para que nada sepan de él las generaciones futuras! La historia podia, aunque faltando á su deber, callar

esos hechos: ¿pero cuándo ha guardado silencio y sigilo la tradicion? Esta hablaria muy alto aunque callara aquella.

El único remedio que hay en tal conflicto, es reparar los males cometidos. Cuando la penitencia aparece al lado del pecado, el pecador recobra su honra, como recobra el perdon. Entonces se dice: pecó y lavó su mancha.

Para remediar los actuales males de nuestro desgraciado país, no se necesita la exaltacion de los ánimos, y mucho menos la guerra fratricida; al contrario, se necesita la paz fraternal, para que por medio de una perfecta union se tenga calma para pensar y orar al cielo, de donde únicamente viene el verdadero bien y la verdadera felicidad individual y social. Quiera Dios que los mexicanos nos unamos fraternalmente, que se calme la exaltacion de las ideas y de las pasiones, que se cierren los oidos á las malas doctrinas extranjeras, y que todos trabajemos para edificar, ya que hasta aquí no hemos hecho sino destruir; y destruir en todos los órdenes, como son el material, el intelectual, el moral y el religioso.

No nos obstinemos, no sea que el cielo se irrite mas, y nos prive de todos los bienes con que ha enriquecido á nuestro país. Israel fué ingrato y obstinado y perdió la tierra que manaba leche y miel, perdió su independenciam, su libertad, sus

derechos, su patria y su religion. La historia es maestra sábia y severa de las naciones. Escuchadla.

Volvamos á nuestro Colegio, tan célebre en México y tan querido de los buenos zacatecanos. Un sábio autor dijo tambien, que nuestro Colegio de Guadalupe era uno de los mas célebres, no solo de México, sino de todo el mundo católico. Volvamos á él. ¿Pero á qué volvemos? ¿á contemplar desolacion y ruinas? Sí, únicamente á eso. En otra vez dije en una de mis humildes obras, y ahora lo repito:

Lloremos sobre el antiguo Colegio de Guadalupe de Zacatecas. ¿Qué nos importan las burlas y locas risotadas de los fanáticos en racionalismo, en materialismo, en protestantismo y en impiedad? Oimos sus burlas satánicas con desprecio, y á ellos los vemos con compasion.

Nosotros gustamos de sentarnos en un rincon del atrio de Guadalupe, y allí, bajo la sombra de los antiguos cipreses, escuchando el gemido que el viento forma en sus elevadas cimas, contemplamos el antiguo Colegio de cuya existencia floreciente fuimos testigos. Un desahogo, si bien melancólico, tambien dulce, experimenta nuestro corazon cuando en el jardin del patio llamado de San Francisco, mezclamos nuestras lágrimas, arrancadas por recuerdos, con la murmurante fuente que riega las rojas dalias y las pálidas re-

tamas, tan tristes como nuestro corazon, y tan frescas como la memoria que de Guadalupe conservamos.

Nosotros tenemos descanso y consuelo, cuando entramos en la espaciosa huerta, nos sentamos á las márgenes de una corriente y bajo las copas de los árboles y traíamos á la memoria las virtudes, el saber y la amabilidad de los religiosos de Guadalupe. Allí lloramos de nuevo y mezclamos nuestros ardientes suspiros con el suave ambiente que embalsaman las flores.

¡Oh Colegio de la amabilísima María de Guadalupe! el tiempo con su dura mano te destruye!

¡Habitacion augusta de la paz: nosotros recibimos en tí favores y cariño de tus virtuosos moradores: en tí el cielo consoló nuestra alma, que como la paloma del arca no halló en la tierra donde fijar su pié. En tí aprendimos, ó por lo menos recibimos, sábias lecciones de la ciencia de los santos: en tí supimos cuán bueno es el Señor con los que lo buscan y lo aman. En tí . . . pero ese idioma que se habla por los ojos, y que es el corazon liquidado, te dirá cuanto te amamos, y que jamás te olvidaremos.!

El sábio autor de la *“Introduccion á la historia de los monjes del occidente”* lamenta la destruccion de los monasterios exclamando: “Ahora todo ha desaparecido, esa fuente de felicidad, la mas pura y la mas inofensiva que haya existi-

do en la tierra, está agotada. Ese rio generoso que corría á traves de las edades y de las olas de una inmensa y fecunda intercesion, se ha secado. Diríase que un entredicho ha caido sobre el mundo. La voz melodiosa de los monjes se ha callado entre nosotros, voz que se elevaba noche y dia, del seno de mil santuarios, para aplacar la cólera celeste, y que derramaba en el corazon de los cristianos tanta paz y alegría.”

“Cayaron ya esas caras y hermosas iglesias en donde tantas generaciones de nuestros padres iban á buscar consuelo, valor y fortaleza para luchar contra los males de la vida. Esos claustros que servian de asilo tan seguro y tan digno á las artes y á todas las ciencias, donde encontraban alivio todas las miserias del hombre, donde el hambre hallaba siempre con qué satisfacerse, la desnudez con qué vestirse y la ignoracia con qué ilustrarse: no son ya sino ruinas holladas por mil profanaciones tan diversamente innobles. Esos lugares donde habitaba el pensamiento de Dios, desde donde irradiaba, no ha mucho tiempo, sobre el mundo entero una luz tan pura, con sombras tan frescas y saludables, no se parecen ya mas que á esas cúspides de montes sin vegetacion, que se encuentran acá y allá trasformadas en rocas áridas y destruidas por el hacha destructora, y en donde no volverá á nacer ni un retoño de árbol.”

Así exclamaba un sábio, y así exclamamos nosotros al ver la desolación de Guadalupe.

¿Y quién podrá escribir la triste historia de una obra del Señor destruida por los hombres, sin lamentar esa triste destrucción?

El repetido conde de Montalambert, observa: "Jamás la Iglesia ha fundado directamente una orden religiosa; este es un hecho incontestable. Para fundarla se necesitaron hombres suscitados y destinados especialmente por Dios á tal objeto: Benitos, Franciscos, Domingos ó Ignacios. La Iglesia las aprueba y anima; pero no las cria por un acto de autoridad."

Segun esta observación, las instituciones monásticas son dispuestas inmediatamente por la Providencia divina, que vela sobre el mundo, y especialmente sobre la Iglesia. Hé aquí unas reflexiones que nos dán la mas elevada y justa idea de esas santas instituciones. ¿Serán, pues, dignas ó no de desearse y de que se lllore su pérdida?

Mas dejemos de ver las ruinas materiales de nuestro monasterio guadalupano, y dirijámosle á la santa comunidad dispersa. ¿Qué se hizo de esos mexicanos sábios, virtuosos, patriotas y benéficos? Se dispersaron como se dispersara un hato de inocentes ovejas cuando cae un lobo sanguinario y rapaz sobre el lugar donde permanecian tranquilas.

Los religiosos de Guadalupe, desechados por Zacatecas ingrato, se fueron reuniendo poco á poco en el Convento de San Fernando de México, porque todavía no llegaba por allá el aquilon desatado de la exclaustación general.

Su soplo furibundo llegó al fin generalmente á todos los claustros de la república; hasta á los de las inocentes esposas de Jesucristo. Entonces los religiosos guadalupanos hicieron lo que todos los exclaustados de México; cada uno se fué á donde pudo procurando, á pesar del traje secular que se les obligó á llevar, no perder de vista que eran hijos del Serafin de Asis, ministros del Señor, discípulos del perseguido divino Misionero de Nazareth.

Todos se vieron precisados á buscar el sustento recurriendo á la caridad de personas piadosas, y á servir en el santo ministerio en las haciendas, pueblos ó ciudades en que se establecian.

¡Cuántos trabajos, cuánta escases, cuánta tristeza, cuántos padecimientos, hemos visto en estos venerables perseguidos!

¡Lloran! Pero bienaventurados son por su llanto.

¡Son perseguidos! Pero deben consolarse porque el Salvador dice: Bienaventurados los que padecen persecucion por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Mas apartemos ya la vista de cuadros tan tristes, capaces de mover todo corazón; que no haya perdido por el vicio ó por el error, los sentimientos naturales que se unen con la religion verdadera de Jesucristo.

Descansemos de nuestras tristes reflexiones históricas y busquemos desahogo contemplando un monumento celestial: la Imágen de la Santísima Vírgen de Guadalupe, del mismo Colegio.

Es histórico é incuestionable que la santa Imágen de María, que brilla hermosa como la luna en su plenitud en el centro del altar mayor del templo de Guadalupe, fué mandada pintar por el mismo santo fundador V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, al fundarse esa santa casa.

Sabemos de buena letra, que el V. P. llevó consigo á la Colegiata de Guadalupe de México, un buen pintor para que sacase esa hermosa cópia de aquella maravilla celestial que formaron las divinas manos del Señor en un tosco ayate, que es por cierto nuestro paño de lágrimas, mas suave para nuestra alma que una tela delicada.

Antes de comenzar la cópia, el V. P. le aconsejó al pintor que recibiese los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, y luego le mandó que no pintase sino en el tiempo en que el mismo V. P. celebraba el santo sacrificio de la Misa.

Así se hizo, y la cópia salió hermosísima y parecida, en cuanto fué posible, á la original.

Tal es el origen de esa bella Imágen de la Santísima Vírgen que se colocó en el Colegio mariano que lleva el nombre de nuestra tierna Madre,

Para gloria del Señor y de la Santísima Vírgen, referiré un caso sucedido á mí mismo ante esa santa Imágen.

Desde mi infancia, mis virtuosos padres me inspiraron con sus instrucciones verbales y con su ejemplo, la devocion á la Santísima Vírgen, por un favor especial del Supremo Autor de todo bien verdadero.

Me hize de una Imágen de la Santísima Vírgen, en su advocacion del Refugio, cuya Imágen conservo aún, y que fué la que se ponía en un estandarte del Colegio. La hermosura de esta Imágen me hizo preferir ese título.

Despues, no sé por qué cosa, me fijé en la Imágen que llamamos de la Purísima.

Como por el año de 1849 me ocurrió un negocio de suma importancia, que presentaba una gran dificultad y que ocasionaba una duda en mi mente que me mortificaba. Con objeto de salir de mi duda y obrar con seguridad de conciencia en mi negocio, marché desde Zacatecas al Colegio de Guadalupe, para consultar con un religioso, sobre el indicado asunto. Llegué al Colegio

entré por la puerta del campo, me dirigí á la sacristía y me hiqué en la puerta del presbiterio ante la linda imágen de Guadalupe. Mi corazon sintió gran dulzura; y me preparaba para hacer mi consulta, cuando se llenó de luz mi pobre inteligencia. Comprendí por mí mismo la resolución del negocio; con tal claridad, que me pareció ya del todo innecesario consultar, y me volví consolado, sabiendo claramente lo que Dios queria que hiciese. Este fué un favor de los muchos que la Santísima Vírgen me ha dispensado, á pesar de mi muy imperfecta devocion y de mi absoluta indignidad. Desde ese momento feliz me arrebató de nuevo el corazon la Santísima Vírgen, haciéndome preferir su título de Guadalupe, que, segun muy probable opinion, abraza todos los demas títulos ó advocaciones.

Es bella, muy bella esa santa imágen del Colegio de Guadalupe. Creemos que será una de las mejores cópias de la original, segun lo que hemos referido, y debe hacerse especial memoria de ella en la historia de su apostólica casa.

El marco es de metal, é igual al que tiene la Vírgen celestial de la Colegiata de México.

Tiene esa bella cópia un anillo cuya piedra brilla como una radiante estrella. No se sabe co-

mo pudo ponerse un anillo de oro con una piedra, en una imágen de pintura.

Ese anillo encierra una historia, un misterio y el cariño que tiene la Santísima Madre del Señor al Colegio de Guadalupe.

CAPITULO XXIII

LIBRO DEL COLEGIO CONSIDERADO
BAJO SUS ASPECTOS FISICO
CIENTIFICO, RELIGIOSO Y SOCIAL



El valle en que se encuentra el apostólico Colegio de Guadalupe es muy extenso y bello. Comienza al pie de la Sierra de Guadalupe y se termina al sur con la axilada cordillera de San Mateo. El Oriente con pintorescas colinas y el Norte se extiende á muchas leguas formando de con algunas cimas azules que se contornean con el azul del cielo. El temperamento del hermoso valle es muy sano y fresco; pero el terreno es fértil. El venerable edificio tiene trescientas veinte y seis salas de longitud de Oriente á Poniente.